

Articles

FÉLIX ORTEGA*

Imágenes y representaciones de género

1. DE LA DESIGUALDAD SEXUAL A LA IDENTIDAD DE GÉNERO

La dinámica de las sociedades contemporáneas ha girado durante largo tiempo en torno a las desigualdades económicas y su cristalización en clases sociales. Si bien no todos los conflictos han tenido como base a las mismas, es cierto que ellas han contribuido notablemente a fomentarlos y a que la política y la cultura las tuvieran en cuenta. Pero de un tiempo a esta parte, sobre todo tras las convulsiones de la década de los 60 y su prolongación en algunos movimientos de los 70, las clases han perdido gran parte de su vigencia social. También ellas han entrado en ese proceloso circuito de defunciones que tanto parece gustar a los analistas y futuristas de este final de siglo. Y si bien es cierto que nadie se ha atrevido a levantar el acta formal del «fin de las clases», hablar de ellas parece un tema pasado de moda.

El lugar que ocupaban las clases sociales pareció ser invadido, durante un cierto tiempo —décadas de los 70 y los 80— por el de género o, si se prefiere, por el de las desigualdades sexuales. Sin duda, se trata de una dimensión más globalizadora de la existencia social que las clases, puesto que alrededor del sexo se han construido la mayoría de las desigualdades en nuestras sociedades (por no hablar de otras cosas). En efecto, esta desigualdad, de carácter recurrente, se ha infiltrado capilarmente en la sociedad, convirtiéndose en el sustrato más poderoso y estable de producción de desigualdades y discriminaciones sin fin. Esta sustantividad y centralidad de la desigualdad de sexos fue prontamente comprendida en los albores de la contemporaneidad por muchos socialistas, que pensaron que la posición de la mujer en la sociedad era el mejor indicador del progreso social (o de su falta). Mas, después, la hegemonía del marxismo lo desplazó a la periferia de los problemas sociales, o lo convirtió en mero epifenómeno de la lucha de clases. Y el conflicto de sexos no es, desde luego, comprensible, si lo limitamos a simple faceta de la lucha de clases; y su resolución no está asegurada —muy al contrario— si la hacemos depender de la previa re-

* Profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

solución de la desigualdad económica. Porque la desigualdad de sexos es un problema transversal, que implica a todos y cada uno de los aspectos de la vida (ya sea ésta individual o social, se desarrolle en el ámbito de la privacidad o en el de los espacios públicos, tenga que ver con el crecimiento personal o la toma de decisiones políticas).

El conflicto de género es probablemente la expresión más completa y al mismo tiempo reveladora del resto de tensiones que se dan en una sociedad. Aun tratándose de un ámbito que tiene su propia lógica y sustantividad, se trata, sin embargo, de un catalizador a través del cual pasan y se miden los demás conflictos de una sociedad.

Con ello va dicho que el de las desigualdades sexuales es un fenómeno básicamente social, compuesto por mimbres que entrecruzan procesos amplios con base en la historia y en la estructura de cada sociedad y que se prolongan en las biografías personales de todas y cada una de las personas. Y como conflicto social comenzó a estudiarse, y como movimiento social ha tratado de ser cambiado y resuelto. Pero, no por mucho tiempo. O para decirlo prontamente: de las tres dimensiones que hemos señalado (histórica, estructural y biográfica), asistimos en la actualidad a un reflujo y a una reducción del problema a términos casi exclusivamente biográficos. El género como opción personal, como un derecho a la diferencia; en suma, como un aspecto más del proceso de individualismo típico de nuestras sociedades.

En esta reconversión hay indudables analogías con lo que ha sucedido con las clases sociales. También éstas han sido disueltas (mejor dicho: enmascaradas) por el recurso a la psicologización de la vida social. Se trataría, en suma, de desmontar los conflictos sociales no negándolos ni combatiéndolos frontalmente, sino *desplazándolos*: de lo social, a lo individual. Pero entendiendo por individual no la construcción de personalidades coherentes dotadas de atributos consistentes que les permitan intervenir autónomamente sobre la sociedad. No es este significado (en gran parte de raíces ilustradas, y que en nuestra época ha sabido definir con precisión H. Arendt) el que se otorga a la persona. Ésta es vista más bien como un conglomerado difuso de rasgos variables que sirven para una reclusión mayor en la vida íntima y privada; una persona que sólo episódica y débilmente es capaz de intervenir en los espacios públicos. En la medida que se obstaculiza la afirmación individual en lo público, se está provocando un doble proceso: una inconsistencia en términos personales, y un reforzamiento de carácter monopolístico de la estructura social por parte de los hombres (o más propiamente, de algunos pocos hombres). En definitiva: allí donde vemos emerger un proceso de individualismo preferentemente intimista, hemos de subrayar que difícilmente cambiará el orden de las cosas, y que las tensiones se introyectarán en el individuo provocando en él no pocas frustraciones y no menos espejismos.

Este es sin duda el estado actual por lo que al género se refiere. Ha dejado de

ser en gran parte un conflicto social para transformarse en una cuestión de *identidad*. Por lo demás, es también lo que ha pasado con las clases sociales: han sido subsumidas en otro género de identidad, la cultural (o étnico-cultural), fundamento de tantos nacionalismos. No es ésta la ocasión para detenerme en poner de relieve las consecuencias derivadas de estos procesos; basta con señalar que ambos anteponen el particularismo al universalismo, y que la insistencia en la diferencia acaba en la fragmentación social y en la imposibilidad de resolver problemas históricos y estructurales por cuanto la atención deja de prestarse a las prácticas sociales para centrarla en inestables construcciones *ad hoc*.

En el caso del género, desvincular las transformaciones en la identidad de sus referentes sociales es un subterfugio destinado a mantener el *status quo*. Sin duda que este proceso provoca efectos perversos: el primero de ellos, en los propios hombres, que se quedan sin una identidad clara y precisa; pero es sobre todo en las mujeres en las que tiene lugar una fuerte inversión de energías en un sentido unidireccional, el psicológico, mientras que abandonan –o son presionadas a hacerlo– sus avances en el terreno de la estructura social.

Pero es hora de abandonar estos prolegómenos especulativos para situarnos en la realidad misma. Y vamos a hacerlo planteándonos las relaciones entre identidad de género y estructura social a partir de representaciones sociales que la juventud se construye de las mismas. Es éste un filón de extraordinaria fecundidad, ya que el análisis se efectúa al mismo tiempo sobre realidades y expectativas: lo que la juventud contempla en su entorno y en parte ella misma es, y aquellos otros ideales y aspiraciones que pretende realizar en el futuro. De esta manera, al centrarnos en un grupo de edad en el que la identidad de género está a punto de fraguarse de manera bastante definitiva, y al tiempo tener en perspectiva su integración en la sociedad adulta, podremos captar desde una perspectiva más dinámica la situación presente y futura del género. Estamos haciendo por tanto una descripción cuanto una prognosis. La base empírica en la que me apoyo es la misma que he utilizado en otros trabajos precedentes, a los cuales me remito también para parte de las ideas aquí expuestas (cfr.: F. Ortega et alii: *La flotante identidad sexual*. Madrid, 1993; M^a A. García de León, M. García Cortázar y F. Ortega: *Sociología de las mujeres españolas*. Madrid, 1996).

2. UNA IDENTIDAD CONTRADICTORIA

Los principales avances en la tendencia universalista a la igualdad sexual se han producido en el campo de la identidad personal. A las imágenes inveteradas que dividían el mundo en una dualidad de sujetos con naturalezas bien definidas y delimitadas (la masculina y la femenina), les han sucedido otras en las que la realidad, si bien no totalmente igualitaria, se ha tornado más compleja: de un lado, porque hombres y mujeres comparten más atributos que antes; de

otro, porque los atributos antaño claramente etiquetados como propios de un género o del otro, ahora han perdido su cualidad discriminatoria del género. Hay rasgos, sin embargo, que subsisten del pasado y que se corresponden con las representaciones más tradicionales (y por ello convencionales) del género.

Si empezamos por aquellas cualidades que se comparten, lo que hallamos es que la juventud actual asume un mismo modelo de identidad de género basado en propiedades más generales, abstractas y formales de la personalidad, en sintonía con el marco cultural global. Es así como unos y otras enaltecen por igual, como atributos propios, la *simpatía*, la *sinceridad* y la *inteligencia*. Tres requisitos, por lo demás, en sintonía con tres principios definitorios del tipo de sociedad dentro del cual vivimos. Respectivamente se corresponden con las cualidades dramáticas para tener éxito social, el individualismo y la meritocracia. En la medida que reflejan un sistema de valores, estos atributos expresan un cierto mapa de la igualdad de género. Pero una igualdad que se corresponde con principios cuya proyección sobre el género no es muy operativa. Necesitamos adentrarnos un poco más en las interioridades de la personalidad para conocer cómo actúa en ella la sexualidad como factor estructurante.

Vamos para ello a fijarnos en cuatro planos de la personalidad: el cuerpo, la inteligencia, el carácter y las interacciones sociales.

El cuerpo. Realidad por antonomasia, el cuerpo permite elaborar las primeras y quizá más claras imágenes de género. El arte de todas las épocas es así un fiel reflejo de los papeles reservados a hombres y mujeres en virtud de las denotaciones corporales; como de igual manera lo es hoy a través de la iconosfera mediática. Pues bien, en este aspecto vamos a encontrarnos, en primer lugar, con que las representaciones no han cambiado demasiado. Lo que significa que el cuerpo masculino sigue configurándose en torno a la fuerza y el vigor, y el femenino a la debilidad.

Mas lo que han cambiado son las valoraciones que sobre esta dualidad corporal se efectúan. La fuerza y el vigor no son ya rasgos que gocen de alta estima, o que se asocian con ventajas psicológicas o sociales. Antes al contrario, parece derivarse un sentido más positivo para las proyecciones corporales femeninas. Porque estas últimas se asocian directamente con la *buen presencia*, que no sólo se valora positivamente, sino que se considera que es un pre-requisito para tener éxito en la vida. Una buena presencia que implica cualidades como la *belleza*, la *elegancia* y el *cuidado de la imagen*. Así percibida, la realidad femenina nos podría llevar a pensar que goza de cierta superioridad en comparación con la masculina. Algo de esto hay, sin duda, pero las cosas no son tan simples. Como hemos de ver, hay también aquí una fuerte impronta tradicional, por cuanto el tipo de cuerpo femenino que se evalúa en términos mejores que el masculino corresponde a ciertas cualidades que refuerzan la imagen cosificada de la mujer. O dicho en otros términos: las propiedades corporales que de ella se aprecian tienen mucho que ver con el

papel seductor que se les atribuye en las relaciones sociales y al que más adelante volveremos.

La inteligencia. Es en esta dimensión en la que los cambios han sido más radicales. El pensamiento patriarcal dominante largo tiempo privaba a la mujer de cualquier logro digno de tenerse en cuenta en el trato con las ideas. No han faltado legitimaciones filosóficas que hablaban de la «inferioridad» de la mujer para el pensamiento abstracto. Y, empero, las imágenes que hoy circulan en la juventud suponen un vuelco espectacular. No se trata ya de reconocer que la mujer tiene la misma o similar inteligencia que el hombre, sino de atribuírsele un nivel intelectual superior. ¿A qué puede deberse esta inversión de la tendencia?

Sin lugar a dudas, a la constatación de un hecho: en la medida que las mujeres se han incorporado a la institución escolar, la legitimada para certificar sobre la inteligencia (al menos académica), su rendimiento y competencia han mostrado ser mayores que las del hombre. A ello ha contribuido, qué duda cabe, el esfuerzo que las propias mujeres han puesto en corroborar que su derecho a la educación era absolutamente legítimo, y que les ha llevado a desarrollar una motivación de logro escolar muy alta. Pero también cuenta en estas imágenes el hecho de que las mujeres organicen mejor su tiempo y su trabajo. Es por todo ello dentro del ámbito escolar donde, sin lograrla del todo (ya que especialmente en la Universidad sigue habiendo carreras con una fuerte impronta masculina), la igualdad de géneros más ha avanzado. Cabe incluso sostener que empieza a difundirse en esta institución un estereotipo positivo para la mujer, que aparece siempre como mejor integrada y adaptada a las demandas escolares.

Por el contrario, a los hombres se les continúa viendo bajo un prisma convencional si de lo que se trata es de evaluar sus capacidades instrumentales, esto es, la resolución de problemas que requiera una mezcla de fuerza con habilidad manual. En suma, al hombre le quedaría reservado como un ámbito propio todo lo relacionado con el desempeño de tareas aplicadas a solventar problemas mecánicos, de bricolaje y caseros.

El carácter. Toda la juventud concede gran importancia a los atributos que tienen que ver con los afectos y los sentimientos a la hora de asentar su identidad personal. El hombre, que durante largo tiempo se caracterizó por contener o reprimir su afectividad, parece ahora aproximarse a la mujer, que siempre gozó de una mayor libertad para expresarla. Desde esta perspectiva, por tanto, existe una convergencia básica: hombres y mujeres valoran al alza el papel de los afectos en la configuración de la personalidad. Otra cosa distinta es que coincidan a la hora de poner de relieve *cuáles* deben ser esos afectos.

Porque, en efecto, la afectividad (o la inteligencia emocional, como gusta llamársela ahora) a la que se están refiriendo no es la misma cuando se trata de hombres o de mujeres. Así, el perfil de la mujer aparece como altruista, esto es, generosa y bondadosa, mientras que el hombre es egoísta, por tanto, competi-

vo y ambicioso. De manera general, la personalidad femenina se define por atributos que ponen de manifiesto su mayor flexibilidad, apertura a los otros y capacidad de comprensión, por su mayor sensibilidad y afectividad. La masculina es vista en términos más tradicionales: seguridad y autoridad se predicán de ella, así por la necesidad que en todo momento tiene (o se le atribuye) de controlar la situación. El tipo femenino, así entendido, permite una mayor capacidad de adaptación y de tener en cuenta los propios sentimientos; el masculino obliga a un mayor envaramiento y rigidez, ya que no puede permitirse «bajar la guardia» en ningún momento.

Las interacciones sociales. Los marcos de identidad que acabamos de dibujar no se circunscriben al simple ámbito de la intimidad; tienen consecuencias sociales al convertirse en los principios orientadores de las relaciones con los otros. El conjunto de atributos que hemos puesto de relieve colocan en posiciones muy diferentes a hombres y mujeres por lo que atañe a sus interacciones sociales. Efectivamente, la mayoría de los rasgos atribuidos a las mujeres gozan de una alta potencialidad interactiva: son ellas las que disponen de las capacidades y actitudes más idóneas para establecer y mantener unos vínculos sociales más efectivos. Puesto que son abiertas, receptivas, sensibles, generosas y comprensivas, están en la mejor de las condiciones para que se produzca la empatía, requisito básico de toda relación social. Al ser poco competitivas, tomar pocas decisiones y no ser nada arrogantes, están también más desinhibidas en su trato con los demás. Todo lo contrario que les pasa a los hombres, que al parecer no pueden desprenderse de un mayor formalismo y envaramiento en las situaciones sociales. Pero los viejos odres vuelven a resurgir: esta facilidad de las mujeres para el trato social puede confundirse, y a veces lo hace, con un atributo vetusto que de ellas suele predicarse: su capacidad de seducción; o, en ocasiones, con otro rasgo aún más rancio: el que las considera astutas y taimadas en sus relaciones con los demás.

Si contemplamos estas interacciones bajo la óptica del sexo, las imágenes tradicionales siguen bastante vigentes: a pesar de la mayor libertad sexual existente, el comportamiento agresivo al respecto se le sigue atribuyendo al hombre. A él se le sigue viendo como más activo en este terreno, lo que se traduce en que se le presenta como más obsesionado con el sexo, y a la mujer con actitudes más defensivas.

En fin, escasa importancia se otorga a las afinidades en los ámbitos de los grandes esquemas ideológicos y políticos a la hora de la elección de parejas de otro sexo; lo que cuenta, y mucho, es la pertenencia a una misma subcultura en la que se reconocen los mismos gustos, las mismas prácticas de consumo y de modas. Una manifestación del repliegue particularista propio de los tiempos que vivimos, y en los que tal vez comiencen a entrecruzarse las identidades personales con las identidades culturales de carácter localista.

¿Es posible, con estos datos, establecer un balance, siquiera provisional, de

la identidad de género? El panorama es bastante complicado y fluido como para llegar a conclusiones plenamente definitivas. Pero hay dentro de él algunas líneas que conviene poner de relieve, ya que las mismas nos remiten directamente a las reflexiones que hacíamos en el apartado precedente. Básicamente podemos reducir la actual situación de la identidad de género a estas características:

1. Se trata de una realidad que se ha tornado extraordinariamente compleja, pero una complejidad que apunta a la falta de consolidación de identidades estables de género. Esto es, tales identidades se han fragmentado, se han vuelto polimórficas y las posibles combinaciones, aunque no ilimitadas, desbordan con mucho el esquema dualista precedente. Quiere ello decir que el campo de la identidad de género, al no ser ni igualitario ni dualista, no hará sino producir una continua redefinición de la propia personalidad. Con lo que los conflictos psicológicos crecerán y posiblemente ocultarán o debilitarán a otros que guarden una relación más estrecha con la estructura social.

2. A pesar de la pervivencia de arquetipos de género tradicionales, las transformaciones de los mismos han sido notables y en una dirección bastante clara: allí donde subsisten, las ganancias corresponden a las mujeres y las pérdidas a los hombres. Desde esta perspectiva y sólo desde ella, cabe afirmar que la identidad de la mujer se encuentra en fase expansiva y la de los hombres en retirada. Pero puede que estemos ante un proceso contenido dentro de sus propios límites, es decir, que el reequilibrio de los sexos se esté produciendo en el plano de las identidades personales (que se regirían por la lógica de la individualización), pero no tenga su traslación fuera de ellas (los espacios y ámbitos públicos, que continuarían presididos por la lógica de la producción y del poder patriarcales).

A fin de aclarar estas dos conclusiones un poco más, vale la pena que nos detengamos en lo que las mismas implican: el polimorfismo sexual lleva a una variada tipología de géneros; los avances y retrocesos en la identidad al cierre de la estructura social. Veámoslo.

3. UNA IDENTIDAD FRAGMENTADA: TIPOLOGÍA DE GÉNERO

La diversidad de atributos que conforman la identidad personal tal y como hemos expuesto pone de relieve que las variaciones individuales, por lo que al género se refiere, son considerables, ya que las posibilidades combinatorias han aumentado de acuerdo con la ruptura del esquema dual propio de la sociedad patriarcal. Aun cuando en teoría serían viables identidades de género «a la carta», en la práctica no suele ser así. Más bien la identidad de género se constata en torno a algunos pocos rasgos que la definen con una cierta coherencia, aun cuando esta identidad no tiene que ser necesariamente estable; lo será en la

medida en que los perfiles estén mejor definidos, y tenderá a cambiar en virtud de un perfil más indefinido.

De otra parte, podemos pensar en la identidad de género como un *continuum* en el que los extremos lo forman tipos bien definidos y hasta cierto punto radicalizados (a favor o en contra de la igualdad), mientras que por el centro de la línea circularían los tipos de perfil más bajo y con una actitud abiertamente adaptativa.

Pues bien, con los mismos datos que venimos manejando es posible confirmar tales hipótesis. En efecto, utilizando la técnica de los *clusters*, hemos singularizado tres tipos de identidad de género: la *machista* (o tradicional masculina), la *igualitaria* (hasta cierto punto identificada con el feminismo) y la *pragmático-acomodaticia*. Este esquema tripartito tiene, además, ventajas sobre otros que se han confeccionado teniendo en cuenta sólo uno de los géneros. El hecho de que pertenezcan tanto hombres como mujeres a cada uno de los tres, nos permite comprobar que los avances o retrocesos en lo que al género se refiere afecta tanto a hombres como a mujeres; que entre ambos se dan relaciones de reciprocidad y de competencia, de manera que avances y retrocesos tienen que ver mucho con las tácticas empleadas en relación de ambos; que entre hombres y mujeres se da un equilibrio inestable que lleva a acciones y reacciones complejas, y que en gran medida la autoidentidad es siempre hetero-referida o dependiente de los modelos que de un género y del otro proyectan los grupos de referencia.

De los tres tipos de identidad señalados, es minoritario el tradicional masculino, que tan sólo aparece en menos de la quinta parte de la juventud. Es una identidad asumida sobre todo por los hombres, pero también emerge en más de la cuarta parte de las mujeres. Y por edad, son particularmente los más jóvenes quienes en mayor medida la sustentan. Si este último dato se corroborase en otros estudios de carácter lineal, estaríamos en presencia de una tendencia regresiva por lo que a la igualdad se refiere. Ni que decir tiene que en esta identidad emergen los perfiles más conservadores sobre el sexo, las cualidades personales y la posición social. Cuanto se considera valioso en esta sociedad y en general tiene relevancia (la inteligencia, la seguridad, la madurez, las relaciones sociales) se atribuye a los hombres. A las mujeres se les reserva las inveteradas parcelas que los hombres siempre les concedieron (la debilidad, el egoísmo, la ambición, la seducción y el coqueteo). Una clara línea divisoria separa al mundo masculino (relleno de imágenes positivas y activas) del femenino (adornado de características de signo más bien negativo o socialmente desvalorizadas).

En el otro extremo del *continuum* se sitúa el tipo igualitario, que elabora más de un tercio de la juventud, que se da más en las mujeres, pero que tiene una amplia representación masculina (en torno a las dos quintas partes). Son los jóvenes de más edad quienes en mayor medida se identifican con tales imágenes. Quizá ello se deba a que son precisamente estos jóvenes los que se socializaron

en una fase en que los valores igualitarios y solidarios tenían una presencia social más acusada. El perfil masculino y femenino apenas sí ofrecen diferencias relevantes. Las que aparecen se refieren sobre todo al carácter: los hombres manifiestan seguridad y autoridad, las mujeres altruismo. Quizá haya en estos matices la comprensión de que la denominada «inteligencia emocional», sustrato del carácter, tiene una fuerte componente orgánica y que por lo mismo sería en esta dimensión más heredada que aprendida en donde hombres y mujeres se alejan un poco. Pero sea como fuere, lo cierto es que el tipo igualitario viene en gran medida a confundirse con una suerte de género neutro, en el que si prescindimos de las indudables diferencias corporales, hombres y mujeres no se diferenciarían prácticamente en nada más.

Pero estos dos tipos en la práctica plantean no pocos problemas, sobre todo en los hombres, que si de una parte se encuentran con valoraciones negativas si optan por el tipo tradicional, de otra pueden encontrarse con abundantes incomprendimientos si se inclinan por una personalidad más amorfa. Y aunque las mujeres tengan menos problemas, ciertamente tampoco les resulta fácil decantarse por cualquiera de las precedentes definiciones. Por tal razón, unas y otros parecen decidirse por autoimágenes más flexibles, que obliguen a la asunción de atributos con menor carga de género o que sean fácilmente sustituibles sin drásticas alteraciones personales. Son los jóvenes pragmáticos y acomodaticios, que en términos cuantitativos representan algo menos de la mitad de la población. La presencia de hombres y mujeres es similar, y por edades tampoco hay diferencias muy altas, si bien son los de menor edad quienes en mayor proporción se sitúan en esta posición. ¿Y en qué consiste ser adaptativo en cuanto al género se refiere? Pues en mantener algunos perfiles tradicionales como propios de cada género (relaciones, seducción y coqueteo para las mujeres), en otorgar a otros el carácter de rasgos preferentes pero no exclusivos del modelo femenino (buena presencia, comprensión, madurez) y en acordar que en el plano intelectual hombres y mujeres son iguales. Se trata, como puede apreciarse, de una identidad algo más escorada hacia el tipo igualitario que hacia el tradicional-masculino, en coherencia lógica con la mayor difusión del primer tipo entre la juventud. Pero quizá lo más significativo de este tipo es que está poco definido y, por ello mismo, su aproximación a un extremo u otro de la línea de identidad de género dependerá del marco cultural de referencia. En la medida que este marco propicie unos u otros valores (la igualdad/desigualdad), esta mayoría tenderá a hacerlos suyos.

En definitiva, si contemplamos la identidad de género a partir de esta tipología, lo que hallamos es que se trata de una realidad bastante contingente, poco estructurada y muy dependiente de las pautas culturales que ponga en circulación el sistema social en su conjunto. La identidad de género no es diferente, pues, del tipo de personalidad (postmoderna) frecuente en nuestras sociedades, y que se caracteriza por la inconsistencia y falta de estabilidad en sus rasgos, así

como por la permanente heterodependencia de los otros (preferentemente las industrias culturales) para proceder a continuos reajustes que mantienen la continua indefinición. Por este lado, por tanto, no parece que el género se mueva dentro de demasiadas certezas y sí de muchas incertidumbres, presentes y futuras.

Pero hay otra fuente de apoyo para la identidad en general y para la de género en particular; me refiero a las prácticas sociales: no tanto a lo que se cree ser, sino a lo que efectivamente se hace. Y es aquí donde, como podremos comprobar, el género se encuentra en una situación más precaria. Porque los avances igualitarios que sin lugar a dudas ponía de relieve el complejo de la identidad personal, no se prolonga en las posiciones sociales, en la integración de aquellas entidades en el entramado social.

4. UNA (SÓLIDA) ESTRUCTURA SOCIAL MASCULINA

Ciñéndonos de nuevo a las representaciones sociales que la juventud desarrolla acerca de los papeles sociales que ha de asumir, nos topamos nuevamente con la fuerte resistencia que todo orden social (en este caso, el patriarcal) despliega para no ser cambiado. Efectivamente, el mapa social que resulta de estas imágenes, si bien no puede afirmarse que sea exactamente el tradicional, conserva en buena medida un trazado en el que aparece abiertamente la discriminación sexista. Puede argumentarse que de lo que estamos hablando no es de la realidad primaria, sino de cómo ella aparece representada en la juventud, y que ambos planos no tienen por qué coincidir. Quizá suceda tal cosa, pero es más probable su contraria. Ya que es la juventud la que, por haber vivido en un contexto menos desigualitario, más favorable habría de ser a anticipar el futuro acorde con el conjunto de representaciones culturales que ha ido desarrollando. Que ello no suceda así quiere significar al menos que sus expectativas de futuro son más acordes con tal realidad que con las construcciones mentales, más igualitarias, acerca de la identidad de género. Sin duda existe un cierto *décalage* entre pensamiento sobre la persona y actitudes sociales, de manera que estas últimas, que en gran medida regularán el futuro, muestran una actitud reacia a transformarse.

En resumidas cuentas, cuando se trata de representarse la ubicación de mujeres y hombres en el mundo social, la juventud reserva a los hombres aquellos ámbitos que ya tradicionalmente les pertenecían, mientras que procede a una nueva (re)feminización del hogar. No se trata sin más del viejo orden masculino, sino de una versión *aggiornata* del mismo. Esto es: la enaltecida vida privada de nuestra época se les destina a las mujeres, que para ello han sido previamente reconocidas como más idóneas y con más cualidades para este sector, mientras que los sectores productivos, profesionales y políticos, asociados con valores

que no siempre aparecen como positivos, quedan en manos de unos hombres a primera vista con menos atributos que las mujeres. Nótese aquí el complejo e irónico proceso de racionalización que permite ahora destacar el papel de la mujer en el ámbito de la vida privada por las excelsas cualidades que ella tiene, y por el contrario empequeñecer la personalidad masculina a cambio de destinarla a prácticas sociales que han bajado un tanto su rango social.

Ciertamente que la mujer no queda recluida en estas imágenes en el hogar, ya que su posición resulta ser una mixtura de hogar y trabajo extradoméstico; pero se entiende que donde la mujer alcanza su plenitud, o donde se cultivan esas cualidades que de ella se han predicado, es en el hogar, al cual inyecta, mejorándolo, ese conjunto de propiedades personales que tan generosamente se le han atribuido. Y, en el caso del hombre, son sus rasgos personales (proclives a la agresividad, la competitividad, la ambición y el éxito) los que le hacen más adecuado para desenvolverse con eficacia en el mundo económico y los espacios públicos.

Esta prefiguración de su futuro que la juventud construye guarda una estrecha vinculación con los grupos de referencia por ella usados. Una parte de estos grupos propugna y en parte consigue la igualdad; es lo que sucede con la escuela y los amigos. En ambos casos, la juventud encuentra apoyos y estímulos para lograr relaciones y posiciones lo menos sexistas posible. Pero se trata de círculos con capacidad limitada y por lo general deslegitimados por otras dos instancias poderosas: la familia y la televisión. Una y otra son, según los propios jóvenes, quienes más favorecen la desigualdad. Sus efectos parecen acumularse y familiarizan al joven, en la práctica y en imágenes sustitutorias de la realidad, con un mundo dual: la intimidad femenina, lo público masculino.

Acabamos por el principio. Decíamos allí que las luchas por las identidades son falaces si se agotan en ellas mismas. Este es el caso de la identidad de género. Y lo es por un motivo doble: por la propia configuración de la personalidad actual, frágil y carente de apoyos societarios firmes, que la convierten en una realidad con poca iniciativa para transformar su mundo. Pero también por la estructura de la sociedad, que cada vez se organiza más en ámbitos que escapan a los controles que los individuos y los grupos puedan efectuar de la misma.